

## ACOGER LA PALABRA

Desde hace unas décadas podemos constatar que en la Iglesia se lee mucho más la Palabra. Desde hace unos cuarenta años nos hemos familiarizado más y más con el texto sagrado. Esta nueva sensibilidad por la Palabra es, sin duda alguna, un don del Espíritu y un fruto del diálogo entre las iglesias. En este momento, los Católicos son la Iglesia de los Sacramentos y también la Iglesia de la Palabra.

Las líneas que he escrito tienen como finalidad señalar algunas actitudes útiles para la lectura de la Sagrada Escritura. Hemos de tener en cuenta que no somos nosotros los primeros que nos acercamos al texto bíblico. Hay muchas generaciones antes que nosotros que han hecho la misma experiencia.

### Una condición previa

¿Cómo vamos a acoger la Palabra sin la intervención del Espíritu? Hay que tener muy en cuenta la acción del Espíritu Santo en relación con el texto sagrado y la vida de los creyentes. En la Exhortación se resume la acción del Espíritu en la historia de la salvación y al final dice estas palabras que para mí son muy significativas:

“El mismo Espíritu, que habló por los Profetas, sostiene e inspira a la Iglesia en la tarea de anunciar la Palabra de Dios y en la predicación de los Apóstoles; es el mismo Espíritu, finalmente, quien inspira a los autores de las Sagradas Escrituras” (Verbum Domini 15).

Porque las Sagradas Escrituras son textos inspirados únicamente los que se unen e invocan al Paráclito pueden leer, entender,

acoger y poner en práctica lo que nos ha transmitido la Palabra. En este sentido el texto papal señala varios ejemplos de la tradición que son muy significativos. Nos recuerdan cómo el Espíritu Santo nos lleva a conocer la Escritura por dentro, nos hace gustar lo más sabroso de la Biblia, el agua viva que brota de la misma. Sin el Espíritu las Escrituras son letra muerta y no nos dice nada. Con el Espíritu son palabras de vida. Transcribo el texto de la Exhortación porque me parece esencial:

“Los grandes escritores de la tradición cristiana consideran unánimemente la función del Espíritu Santo en la relación de los creyentes con las Escrituras. San Juan Crisóstomo afirma que la Escritura «necesita de la revelación del Espíritu, para que descubriendo el verdadero sentido de las cosas que allí se encuentran encerradas, obtengamos un provecho abundante». También san Jerónimo está firmemente convencido de que «no podemos llegar a comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la ha inspirado». San Gregorio Magno, por otra parte, subraya de modo sugestivo la obra del mismo Espíritu en la formación e interpretación de la Biblia: «Él mismo ha creado las palabras de los santos testamentos, él mismo las desvela».[53] Ricardo de San Víctor recuerda que se necesitan «ojos de paloma», iluminados e ilustrados por el Espíritu, para comprender el texto sagrado” (VD 16).

### **La pedagogía de los Santos**

La vida y la enseñanza de los Santos se ha revalorizado en estos últimos años. Sin duda alguna ha contribuido la nueva Liturgia de las Horas, con la excelente selección de sus escritos.

El Catecismo de la Iglesia Católica ha contribuido considerablemente al nuevo puesto de los Santos en la vida de los creyentes. Es muy notorio el recurso a su experiencia y doctrina a través de todas sus páginas. La vida de los Santos es una teología viva, un Evangelio abierto a los hombres de todos los tiempos.

Cuando se habla de la Trinidad aparece la elevación de Isabel Catez. “Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti” (n. 260). El tema de la oración se abre con unas palabras de Teresa de Lisieux. “La oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría” (n. 2558). La verdad es que la vida y la doctrina de los Santos son una palabra viva y actual para los hombres y mujeres de todos los tiempos. Son los mejores intérpretes del Evangelio.

Los Santos inspiran el camino cristiano. Y subrayo la palabra inspiradora de los mismos. Nos ofrecen motivaciones para seguir a Jesús, nos alientan en el camino de la vida. Interceden por nosotros ante el trono de Dios. No hemos de imitarlos al pie de la letra. Es imposible vivir como en tiempos pasados, con una mentalidad completamente distinta a la nuestra. Habría que recordar las palabras de Juan de la Cruz:

“Nunca tomes por ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea, porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones, sino imita a Cristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo, y nuncaerrarás” (Dichos de luz y amor, n. 156).

Gracias a la historia y a los historiadores porque en estos últimos años nos han ofrecido una imagen más auténtica, nítida y humana de los Santos. Y además nos han enseñado a leer sus escritos con otras perspectivas. Incluso hoy conocemos mejor a los Santos que en el pasado, con lo que esto lleva de renovación e impulso evangélico.

La Exhortación en el número 48 dedica todo el apartado para hablar de cómo los Santos interpretan la Escritura. Su vida es un Evangelio vivo. Ellos son un modelo de lectura, escucha, y meditación de la Palabra. Las grandes escuelas de espiritualidad han nacido de la escucha atenta de la Escritura. Los fundadores de las distintas familias religiosas han sido verdaderos siervos de la Palabra. En realidad la vida consagrada ha sido una verdadera exégesis del texto sagrado. Para los consagrados la Biblia ha sido el libro donde han aprendido el seguimiento de Cristo, el camino de la oración, la simplicidad de vida y la vida fraternal.

“Pienso, por ejemplo, en san Antonio, Abad, movido por la escucha de aquellas palabras de Cristo: «Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo» (*Mt 19,21*). No es menos sugestivo san Basilio Magno, que se pregunta en su obra *Moralia*: «¿Qué es propiamente la fe? Plena e indudable certeza de la verdad de las palabras inspiradas por Dios... ¿Qué es lo propio del fiel? Conformarse con esa plena certeza al significado de las palabras de la Escritura, sin osar quitar o añadir lo más mínimo». San Benito se remite en su *Regla* a la Escritura, como «norma rectísima para la vida del hombre». San Francisco de Asís -escribe Tomás de Celano-, «al oír que los discípulos de Cristo no han de poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar alforja, ni pan, ni bastón en el camino; ni tener calzado ni dos túnicas, exclamó inmediatamente, lleno de Espíritu Santo: ¡Esto quiero, esto pido, esto ansío hacer de todo corazón!». (VD 48).

A continuación vamos a exponer dos formas de leer, escuchar y acoger la Palabra de Dios que se han hecho muy familiares en la Vida Consagrada.

### **La lectio divina**

Cuando un creyente entraba en el monasterio y preguntaba a su maestro espiritual cómo debía orar, se le enseñaba la lectio divina.

Esta forma de orar y acercarse a la Palabra de Dios se hace presente en los comienzos del monaquismo. Son muchos siglos y generaciones de cristianos que han orado de esta forma. Algo tendrá para que permanezca a pesar de los cambios que han sufrido la sociedad y la Iglesia.

Esta forma de orar ha recibido distintos nombres. Se conoce por el nombre latino de “lectio divina”. Otros autores hablan de “la lectura de Dios”, “la lectura orante de la Palabra”, “orar la Palabra”, etc. Todo es lo mismo.

Para que el lector tenga una idea general de esta realidad podríamos decir que la lectio divina es una lectura lenta y pausada de la Biblia mezclada con la oración.

Es una lectura sin prisas, no interesa leer mucho, no es para adquirir información, ni ideas nuevas. Es una lectura que busca la comunión con Dios, el diálogo con Dios. Dios sale a nuestro encuentro por medio de la lectura de la Escritura y nosotros respondemos a este Dios que nos habla en su Palabra.

¿Cómo hacer la lectio? \_ Los autores han enumerado una serie de movimientos a la hora de poner en práctica esta forma de orar con la Palabra. Desde el principio hay que decir que se trata de algo dinámico, flexible; se puede ir de una parte a otra sin seguir el orden que señalamos.

=== *Invoca al Espíritu Santo* para que puedas comprender la Biblia, el texto que has leído. Basta una simple invocación: “Ven Espíritu Santo, manda tu luz desde el cielo”. En los momentos que te encuentras distraído recurre al Espíritu para que te oriente.

=== ***Lectura de Biblia.*** No es necesario leer mucho. Las lecturas del domingo te pueden ayudar porque es una buena selección de textos. El libro de los salmos es muy apropiado. Lee y vuelve a leer. Dios te habla y sale a tu encuentro. Recuerda, la persona es lo que lee.

=== ***La meditación.*** En la antigüedad cristiana meditar era aprender un texto de memoria y repetirlo una y otra vez. Es el método mariano de dar vueltas a la Palabra en nuestro corazón. Repite algo que te ha llamado la atención llegará un momento que experimentarás la fuerza y la luz de Dios que se encuentra en la Biblia. Empezarás a conocer la Escritura por dentro.

=== ***La oración.*** Es el tiempo del diálogo con Dios por medio de la alabanza, acción de gracias, petición de perdón, apertura a las necesidades del mundo y de las iglesias. Es responder a Dios que nos ha hablado en su Palabra. No hay que olvidarse del silencio que es la plenitud de la palabra.

### ***La Liturgia de las Horas***

En verdad la liturgia ha sido “la casa de la Palabra” para las personas consagradas. La Eucaristía ha sido el manantial donde ha bebido el radicalismo evangélico hasta el extremo de dar la vida. Señalamos la Liturgia de las Horas como algo muy específico de la Vida Consagrada y como una escuela de la Palabra para los seguidores de los consejos evangélicos.

“Entre las formas de oración que exaltan la Sagrada Escritura se encuentra sin duda la *Liturgia de las Horas*. Los Padres sinodales han afirmado que constituye una «forma privilegiada de escucha de la Palabra de Dios, porque pone en contacto a los fieles con la Sagrada Escritura y con la Tradición viva de la Iglesia»...Además, aliento a las comunidades de vida consagrada a que

sean ejemplares en la celebración de la Liturgia de las Horas, de manera que puedan ser un punto de referencia e inspiración para la vida espiritual y pastoral de toda la Iglesia” (VD 62).

### *Para ser testigos*

La Palabra ha transformado el corazón de los creyentes. Si he mencionado anteriormente la lectio divina y la Liturgia de las Horas, es porque han sido dos formas de lectura, escucha y meditación de la Palabra a través de la historia de la Iglesia. La Biblia ha transformado el corazón de los consagrados y han llegado a ser testigos y profetas. En verdad, el verdadero profetismo de la vida consagrada ha surgido de una fuente que mana y corre: Cristo y su Palabra.

Lucio del Burgo OCD